Los Discípulos y el Espíritu Santo Despejaron el Camino

«Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa, humillaron sus corazones en verdadero arrepentimiento y confesaron su incredulidad. Al recordar las palabras que Cristo les había hablado antes de Su muerte, comprendieron más plenamente su significado. Las verdades que habían pasado de su memoria volvieron de nuevo a sus mentes, y se las repetían unos a otros. Se reprochaban a sí mismos su mala comprensión del Salvador. Como en una procesión, escena tras escena de Su vida maravillosa pasó ante ellos. Mientras meditaban en Su vida pura y santa, sintieron que ninguna fatiga sería demasiado dura, ningún sacrificio demasiado grande, si tan solo pudieran dar testimonio en sus vidas de la hermosura del carácter de Cristo. ¡Oh, si tan solo pudieran vivir de nuevo los últimos tres años, pensaban, cuán diferente actuarían! ¡Si tan solo pudieran ver al Maestro otra vez, con cuánto fervor se esforzarían por mostrarle cuán profundamente lo amaban, y cuán sinceramente se dolían de haberlo entristecido alguna vez con una palabra o un acto de incredulidad! Pero se consolaban con el pensamiento de que eran perdonados. Y determinaron que, en la medida de lo posible, expiarían su incredulidad confesándolo valientemente ante el mundo.

Los discípulos oraron con intensa fervor por una aptitud para encontrarse con los hombres y, en su trato diario, pronunciar palabras que condujeran a los pecadores a Cristo. Dejando a un lado todas las diferencias, todo deseo de supremacía, se acercaron unos a otros en comunión cristiana. Se acercaron cada vez más a Dios, y al hacerlo se dieron cuenta de qué privilegio había sido el suyo al ser permitidos asociarse tan estrechamente con Cristo. La tristeza llenaba sus corazones al pensar cuántas veces lo habían entristecido por su lentitud de comprensión, su falta de entender las lecciones que, para su bien, Él trataba de enseñarles.

Estos días de preparación fueron días de profundo escudriñamiento del corazón. Los discípulos sintieron su necesidad espiritual y clamaron al Señor por la santa unción que habría de capacitarlos para la obra de salvar almas. No

pidieron una bendición meramente para sí mismos. Estaban agobiados por la carga de la salvación de las almas. Comprendieron que el evangelio debía ser llevado al mundo, y reclamaron el poder que Cristo había prometido.

Durante la era patriarcal, la influencia del Espíritu Santo se había revelado a menudo de manera notable, pero nunca en su plenitud. Ahora, en obediencia a la palabra del Salvador, los discípulos ofrecieron sus súplicas por este don, y en el cielo Cristo añadió Su intercesión. Reclamó el don del Espíritu, para poder derramarlo sobre Su pueblo.

«Y cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos en un mismo lugar. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados».

El Espíritu vino sobre los discípulos que esperaban y oraban con una plenitud que alcanzó cada corazón. El Infinito se reveló en poder a Su iglesia. Fue como si durante siglos esta influencia hubiera estado contenida, y ahora el Cielo se regocijaba en poder derramar sobre la iglesia las riquezas de la gracia del Espíritu. Y bajo la influencia del Espíritu, palabras de penitencia y confesión se mezclaron con canciones de alabanza por los pecados perdonados. Se oyeron palabras de acción de gracias y de profecía. Todo el cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del amor incomparable e incomprensible. Perdidos en el asombro, los apóstoles exclamaron: «En esto consiste el amor». Se aferraron al don impartido. ¿Y qué siguió? La espada del Espíritu, recién afilada con poder y bañada en los relámpagos del cielo, se abrió camino a través de la incredulidad. Miles fueron convertidos en un día» (Los Hechos de los Apóstoles 36-38).